Buscando un sol de invierno

Buscando un sol de invierno



Virtudes Molina Gámez



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Julio de 2026

Depósito legal: SE 2769-2026

ISBN: 979-13-7060-466-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Virtudes Molina Gámez
© Imagen de portada: Santiago Fernández Aragüez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A Santiago F. Aragüez, pintor del color,
creador de la imagen de portada que da vida a esta historia.

«Más allá de la Tierra, más allá del Infinito, me esforzaba por ver el Cielo y el Infierno. Una voz solemne me ha dicho: "El Cielo y el Infierno están en ti"».
Omar Khayyam, *Rubaiyat*

«No existe amor en paz. Siempre viene acompañado de agonías, éxtasis, alegrías intensas y tristezas profundas».
Paulo Coelho

I

Me hallo sumido en las tinieblas e irremediablemente hundido en lo más profundo, de tal manera sobrepasado por los acontecimientos que no me resulta posible continuar con mi vida. Me abandonan las fuerzas. Tanto es así, que deambulo por las calles sintiendo que me absorben, me degluten e incluso me digieren, hasta que acabo convertido en pequeños montoncitos de heces a lo largo de las aceras. Las fachadas de los edificios me reciben con hostilidad, no saben acogerme como antes, cuando las rozaba con la punta de los dedos para sentirme parte de ellas. En ocasiones me cruzo con grupos de jóvenes que me observan con rostros divertidos. «Un borracho más», sé que piensan. Confieso que he actuado como tal más veces de las que quisiera recordar. Nunca me gustó beber hasta perder el sentido de las cosas, ni mucho menos. No soy de esos. Suelo tomar unas cervezas en las comidas y, a veces, algún vino al anochecer.

Mi extraño proceder jamás se debió a la ingesta incontrolada de alcohol, vaya esto por delante. El motivo de mi desvarío siempre tuvo nombre de mujer: Eloísa. Fue ella, y solo ella, la causante de mi desdicha, de mi no ser, de mi existir en la nada.

Ya en otro tiempo sentí que no era nadie, como tampoco lo soy ahora, pero saber esto me deja indiferente ya. Volviendo la vista atrás, quizás Eloísa no fue la culpable directa de mi infelicidad, probablemente se debió más bien a mi inexperiencia. Apenas me abría al mundo cuando se cruzó en mi camino. Tenía diecisiete años, muchas fantasías en la cabeza y un dolor lacerante en el alma. Verla, y sentir cómo me transformaba por completo, fue todo uno. La amé desde el primer instante, con una fuerza devastadora. Creo que a ella le dio miedo mi amor, tan obstinado y vesánico.

Han pasado muchos años desde entonces, tal vez demasiados; a pesar de todo, no la he olvidado ni lo haré nunca. Me doy cuenta de que perseguí una quimera, un sueño imposible, pero nunca imaginé que me hiciese tanto daño. Su huella indeleble y corrosiva anida desde entonces en mi corazón, impidiéndome ser yo. Me siento muy viejo ya, ninguna ilusión me impele a continuar adelante. La posibilidad de volver a verla es lo que me mantiene en pie, a la deriva de mí mismo. Sé que es absurdo, no podría reconocerla aunque la viese. Me da por pensar que no sería extraño que nos hubiésemos cruzado por la calle, sin ser conscientes de ello. Si es así, creo que a estas alturas ni siquiera me importa demasiado.

—Me da miedo cuando me miras así —me decía con una media sonrisa.

Eso al principio, luego continuó manifestando su desagrado ante mi profunda mirada, pero la media sonrisa había desaparecido por completo. O eso pensaba por aquel entonces.

—No soy yo quien te mira, sino mi corazón, que aletea como una alondra cuando está junto a ti.

—¿Por qué tienes que ser tan remilgado? No hablas como los demás jóvenes.

Su reproche alcanzó mi alma como un dardo envenenado, hiriéndola para siempre. Por no perderla, aprendí a elegir las palabras adecuadas para sus sensibles oídos. Poco a poco y de manera imperceptible dejé de ser yo para ser un poco ella. Cuando mi estado mimético llegó al culmen, cuando pensé que lo había logrado y que el esfuerzo había merecido la pena, me dijo adiós. Había conocido a otro chico que *hablaba su mismo idioma*, eso me dijo. No fueron más que palabras, pero me dañaron de manera irreversible. No volví a ser el mismo de antes, no volví a confiar en ninguna otra mujer y, por supuesto, nunca volví a enamorarme.

—Lo siento.

Fueron sus últimas palabras. Palabras huecas. En sus ojos pude ver con claridad que no lo sentía. Yo no había sido más que un juguete en sus manos, un capricho, un burdo experimento amoroso previo a un amor de verdad.

Recuerdo que no mucho después comencé a frecuentar lugares donde se daban cita los más bajos instintos. Las putas, los chulos y los camellos se convirtieron en parte de mi familia. Notaba mi declive, pero era incapaz de sobreponerme y luchar por recuperar al joven inocente que fui una vez.

Una de las chicas de alterne, con la que llegué a intimar bastante en el aspecto afectivo y de confidencias, acabó por sustituir a todas las demás. Ella me ofrecía cada noche

su amor efímero, y yo, pobre desgraciado, me aferraba a su complacencia como un náufrago para que las aguas de mi desgracia no me arrastrasen hacia el abismo.

—¿Por qué no te casas? —inquirió una vez, deseosa de saber todo sobre mí.

—¿Contigo?

—No, tonto, conmigo no. ¿No ves que no soy mujer de un solo hombre?

—¿Te gustaría serlo alguna vez?

No sé por qué cometí la estupidez de preguntarle eso. Me miró, confusa y apenada a la vez, pero no dijo nada. No quiso hacerme daño, seguramente. Vio el anhelo en mi mirada, la necesidad insensata de estar con ella en todo momento, y no quiso desengañarme. Yo esperaba una respuesta que nunca llegó.

—Estás loco.

Lo dijo con una sonrisa afectuosa, mirándome a los ojos, acercó su rostro al mío y besó mi boca para silenciarme. Nunca volví a hablarle de ello, pero continuamos con nuestra extraña relación varios años más, hasta que una cruel enfermedad se la llevó, apartándola de mi lado y dejándome huérfano de ella.

A esa prostituta sin nombre le debo cuanto fui, cuanto soy ahora. Luchó por mi futuro, me convenció para que retomase los estudios y fuese un hombre de provecho, como solía decir. Visto desde la distancia, creo que fue como una madre que me acunaba entre sus pechos y me ayudaba a madurar. Ella tenía casi cuarenta años cuando la conocí, yo aún no había cumplido los dieciocho. Cada vez que pienso en ella se me humedecen los ojos, no pue-

do ni quiero evitarlo. Siendo sincero, creo que el sentimiento que aún me une a esa mujer es mucho más hondo que el débil recuerdo de Eloísa.

II

Hubo un hecho que me marcó hace muchísimos años, de ahí deriva todo lo que me aconteció después, estoy seguro. Un terrible accidente de coche me dejó sin padres, sin hermanos, sin nada a lo que aferrarme. Me quedé solo, completamente solo. Acababa de cumplir diecisiete años. El destino quiso que no viajase con ellos aquella tarde, debía estudiar para los exámenes finales y no me pareció buena idea perder el tiempo acompañándolos en su excursión.

Siempre supe que acabaría siendo abogado, como mi padre. Ahora no estoy tan seguro de haber elegido bien. Tal vez ese era su deseo, y no el mío. Su muerte prematura me llevó a querer ser como él. Pero eso ocurrió un poco después, cuando aquella prostituta me convenció para que estudiase. No sé si hice bien al emularlo, pero sentí que era lo correcto.

En mi memoria, los recuerdos de mi familia se diluyen; ya no siento nada, solo el vacío de mi alma estéril. He vivido sin vivir, he existido a medias. A veces me angustia pensarlo, porque me gustaría ser más animoso; otras veces me dejo llevar por esta cruel melancolía, hasta desvanecerme en la nebulosa de la nada más absoluta. Eloísa. Ella

me salva. Sus ojos inquisitivos, su sonrisa a medio gas, sus delicadas manos entre las mías. Cuando creo que la estoy olvidando, vuelve a mí, insistentemente, una y otra vez.

Entro en la cafetería de siempre, para tomar el mismo café y fumarme uno o dos cigarrillos, mientras mi mirada errática observa en derredor buscando una cara amigable para conversar y no sentirme tan solo. Mi vida se reduce a eso: hablar, cuando encuentro con quien hacerlo. Para no recordar.

—¡Guzmán! Anda, ven y siéntate aquí.

Un antiguo amigo acaba de llamarme y me señala una silla junto a él. Hace muchos años que lo conozco, es como el hijo que nunca tuve, o como mi hermano menor, al que recuerdo a menudo. Le sonrío y dirijo mis pasos hacia donde está.

—Quiero invitarte a una copa, hoy tengo algo que celebrar —expresa con un guiño cómplice.

—¿No irás a decirme que vas a casarte?

—No, no, nada de eso. —Ríe a carcajadas.

Le parece graciosa mi ocurrencia. Sé que es absurdo, me lo ha repetido tantas veces que no sé por qué lo he pensado. Sebastián, mi amigo, siempre renegó del matrimonio. Vive amancebado con la que fue su primera novia. Podría decirse que echaron los dientes juntos, se conocían desde niños.

—Es mi hija la que va a casarse, no es tan reacia al matrimonio como yo.

Ha dejado de reír y me observa con mirada divertida. No soy de abrir mi corazón a nadie, pero con Sebastián lo hice desde el principio, aún me pregunto por qué.

—Sea enhorabuena.

—Gracias. ¿Qué deseas tomar?

—Un vermut, por favor.

—Que sean dos.

Sebastián hace una seña al camarero y pide dos vermuts. Gira el rostro hacia mí y me dice que tengo buen aspecto. Casi me da por reír. ¿Buen aspecto? No he vuelto a tenerlo desde que Eloísa me dejó.

—Si tú lo dices…

—Por supuesto que sí. Lo veo en tus ojos.

—Es posible.

Afirmo vagamente por no contradecirlo, pero no estoy bien. No estoy nada bien, como de costumbre. Aunque es cierto que me he animado algo al verlo.

—En casa estamos muy contentos con la noticia. El novio es un chico inteligente y trabajador; es un poco mayor que Mabel, pero creo que se llevan muy bien.

—No sabes cuánto me alegro. Ojalá su matrimonio dure mucho tiempo.

—¿Por qué no habría de durar? Fíjate en mí, más de treinta años ya con la misma mujer.

—Has tenido suerte.

—Suerte de conocerla, pero la feliz convivencia ha sido obra nuestra. Ambos decidimos ceder un poco y mirarnos cada día con buenos ojos. Ese es el secreto, amigo.

—Ella es como tú, por eso os entendéis tan bien.

—No lo des por hecho. Marisa tiene sus propias ideas, no siempre pensamos igual, pero procuramos no discutir por tonterías. Como te he dicho, ambos cedemos hasta llegar al punto medio en que estamos de acuerdo.

Decido cambiar de tema, comienzo a aburrirme con tales disertaciones domésticas. En realidad no me interesa su vida conyugal, sin embargo, miro su rostro y atiendo a sus palabras porque es, quizás, el único amigo que tengo. Y no quisiera defraudarlo.

—¿Es de por aquí? Me refiero al novio de tu hija.

—Sí. Nació aquí aunque ha estudiado en el extranjero, como Mabel. Se conocieron allí.

—Lo importante es que les vaya bien, van a dar un gran paso.

—Dímelo a mí. Un paso que nunca daré yo.

—¿No piensas cambiar de idea? —le pregunto con sonrisa irónica.

—Sabes muy bien que no. Soy fiel a mí mismo. Afortunadamente, Marisa opina igual que yo. Por eso sé que nunca ocurrirá.

—No sé, no sé. Pueden más dos tetas…

—….que dos carretas. Así es, ciertamente. Y, de quererlo Marisa, probablemente acabaría claudicando.

Sebastián insiste en que me tome una copa más, y luego otra, y otra. Cuando doy por terminada la libación y me dispongo a levantarme para marcharme, compruebo que todo da vueltas a mi alrededor. También constato, no sin sorpresa, que mi estado de ánimo es infinitamente mejor. Mi amigo se ríe, comprensivo, creo que a él le ocurre lo mismo. Hace el intento de levantarse pero vuelve a caer en la silla como un fardo. Me mira con los ojos extraviados y con intención de hablar, yo permanezco quieto, atento a sus palabras. No lo oigo con claridad, porque arrastra las palabras como si tuviese que hacer un gran esfuerzo para

pronunciarlas, pero entiendo que me pide que almorcemos juntos, que me invita, y que una boda no se celebra todos los días, qué cojones. Agradezco su invitación, no porque tenga hambre, sino porque soy consciente de que, más que caminar, deambularía inestable y a trompicones hasta llegar a casa.